

EL SUFRIMIENTO Y LA TORTURA COMO MECANISMOS DE CONTROL DICTATORIAL DURANTE EL GOMECISMO: UNA LECTURA DEL CONTEXTO CARCELARIO PRESENTADO EN *PUROS HOMBRES*, DE ANTONIO ARRÁIZ

Fecha de envío: 23 de mayo de 2025

Fecha de aprobación: 18 de junio de 2025

Gabriela Teresa Ortega
Universidad Central de Venezuela (UCV)

Resumen

Este artículo propone un repaso —de la mano de autores como Hannah Arendt (1951/2004, 2005), Carolina Guerrero (2002), entre otros— de los principales mecanismos de control dictatorial para, posteriormente, considerar con mayor detalle dos de los métodos más frecuentes empleados por las dictaduras latinoamericanas para dominar a la población, conseguir controlar todos los espacios de la vida nacional, imponerse y perpetuarse: la producción de sufrimiento y la tortura. Estos dos recursos de dominación dictatorial se abordan en esta oportunidad a partir de la representación que hace Antonio Arráiz, en su novela *Puros hombres*, de las manifestaciones concretas que tuvieron en el contexto carcelario durante el Gomecismo. Para ello, se rastrean e identifican en la novela mencionada los diferentes instrumentos, herramientas y sistemas específicos que eran usados, como parte de la política dictatorial de Juan Vicente Gómez, para torturar y generar sufrimiento sobre los presidiarios con el fin de ejercer sobre ellos control político, físico y psicológico. Los objetivos de esta pesquisa son evidenciar los efectos y consecuencias físicas y psíquicas de esos mecanismos de tortura y dolor en los personajes de la obra y rastrear su trasfondo real mediante la consulta de textos documentales e historiográficos sobre la época.

Palabras clave: control dictatorial, Antonio Arráiz, contexto carcelario

Abstract

This article offers a review —guided by authors such as Hannah Arendt (1951/2004, 2005) and Carolina Guerrero (2002)— of the main mechanisms of dictatorial control. It then focuses more specifically on two of the most frequently employed methods used by Latin American dictatorships to dominate the population, impose control over all spheres of national life, and ensure their permanence: the production of suffering and torture. These two tools of dictatorial domination are examined here through the lens of Antonio Arráiz's novel *Puros hombres*, particularly in how they are represented in the prison context during the Gómez regime (Gomecismo). The study identifies and traces the various instruments, tools, and specific systems depicted in the novel that were used as part of Juan Vicente Gómez's dictatorial policy to torture inmates and inflict suffering in order to exert political, physical, and psychological control over them. The objectives of this research are to reveal the physical and psychological effects and consequences of these mechanisms of torture and pain on the novel's characters and to investigate their historical basis through the consultation of documentary and historiographical sources from the period.

Keywords: dictatorial control, Antonio Arráiz, prison context



Fuente: Creative Commons

Introducción

Al pensar en los sistemas no democráticos de un solo gobernante, muchas veces suele surgir entre la población la impresión de que es más humillante, degradante y vergonzoso seguir a un solo hombre, a una sola figura, que a una idea o ideología. De discutir la verdad o falsedad de esta afirmación ya se ocupan muchos, y lo cierto es que las fronteras entre ambos casos (dictaduras en nombre de un hombre; dictaduras en nombre de una ideología) muchas veces se confunden y se fusionan, pues hay que tener en cuenta que las ideologías son siempre productos humanos y que los hombres, a su vez, pueden ser símbolos o personificaciones de ideas superiores.

Debido a que las dictaduras son, independientemente de su estilo, sistemas marcados por la violencia y el terror, en este trabajo lo relevante no será reflexionar sobre un tipo específico de gobierno dictatorial ni tampoco en su modo de instauración. La pertinencia, en esta ocasión, recae en las formas que tienen los poderes dictatoriales para, una vez instaurados, prolongarse, alargar sus brazos y retener por un largo tiempo a las naciones en un abrazo opresivo.

1. La dictadura y sus mecanismos de control

Una autoridad más ilegítima
exige medios más ilegítimos aún.

Victor Alfieri. De la tiranía.

Para empezar, hay un aspecto sobre el que resulta pertinente llamar la atención con el fin de aproximarse a la manera en la que el poder dictatorial consigue prolongar su control sobre la nación; se trata de eso que hace a la dictadura una forma de gobierno terrible y amenazadora: la violencia y el terror. Si bien es cierto que todas las dictaduras hacen uso de la violencia al quebrantar el orden democrático para instaurarse y prolongarse, puede decirse que, según sus acciones, hay unas más violentas que otras.

Ejemplos representativos de estas últimas los constituyen las dictaduras autoritarias y las dictaduras totalitarias, las cuales no solo violan los derechos de los individuos y eliminan los partidos políticos de oposición, sino que, además, usan fuerzas extremistas de represión para controlar todos los ámbitos e infundir el pánico en los individuos con el objetivo de, así, hacerlos impotentes y, consecuentemente, afirmar su poder ante unos hombres amalgamados por la fuerza en una misma masa. Así, afirma Hannah Arendt (2005), en un brillante trabajo acerca de la naturaleza del totalitarismo, que “el terror es la esencia del gobierno totalitario” (p. 411), es la condición de permanencia, pues no solo elimina cualquier oposición, sino que, además, mantiene a los hombres juntos y controlados, de manera que cualquier intento de oposición sea inconcebible. Es por eso que, según la filósofa alemana, el terror “sigue siendo utilizado por los regímenes totalitarios incluso cuando han sido logrados sus objetivos” (1951/2004, p. 428).

1.1. El mesianismo en América Latina

Como se ha mencionado, las dictaduras, y no solo las totalitarias, cuentan con medios poderosísimos como la violencia para controlar la nación; no obstante, cabría preguntarse si no emplean otros instrumentos de dominación aparentemente más sutiles. Para acercarse a una posible respuesta, quizá sea oportuno lanzar una mirada, en primer lugar, a la región de América Latina. Aquí, además de ser frecuente el surgimiento de dictaduras que concentran forzosamente el poder en la figura de un hombre, suele darse el caso de que esos dictadores (en el sentido moderno del término)¹, usualmente catalogados de “capaces” y “fuertes” por la propia población, creen ellos mismos que están llamados a resolver los problemas existentes y a actuar en pro de la nación.

Acerca de este fenómeno, Carolina Guerrero (2002) expresa que “el mesianismo, en dictaduras del siglo XIX, se vinculó con la virtuosa respuesta que daba el gobernante a un supuesto llamado del pueblo para resolver la emergencia” (p. 143). En el siglo XX, según Guerrero, “el Mesías atendía su propio llamado, con la misión de realizar lo que él, de manera personalista, interpretaba como la inexorable conveniencia para la república” (ibid). Como se infiere, se trata de gobiernos que, aun pudiendo haberse establecido de manera democrática, abusan del ejercicio del poder, transgreden los límites constitucionales y se convierten, de este modo, en tiranías justificadas por la idea —la cual, lamentablemente, el pueblo algunas veces se deja inculcar— de que un futuro mejor solo puede llegar por la acción de un “mesías”, un hombre “iluminado”, inteligente y capaz. No se trata, pues, más que de tiranos que se consideran dictadores a la antigua y salvadores de la patria.

1.2. La dominación por medio de una ideología

Se ha visto antes cómo la idea de mesianismo en las dictaduras puede funcionar como forma de dominación de una población que se cree incapaz de, como plantea Guerrero, “constituirse en una sociedad ordenada” (ibid., p. 148). No obstante, en otras partes del mundo, la idea de un hombre salvador es menos poderosa y frecuente que la idea de una única doctrina o ideología dominante —aunque en ocasiones, como se puntualizó al comienzo, la ideología y el sujeto que la promueve se funden desde la perspectiva de la población—. Según Arendt (2005), en modos de gobiernos totalitarios, por ejemplo, es la ideología lo que se convierte en “motor que dirige la acción política” (p. 420); parafraseando a la autora, los totalitarismos fundamentan su gobierno en la consecución de una ideología correcta que explica el mundo, la cual convierten, con medios brutales, totalitarios y violentos, en “realidad viva”, en la única visión del mundo permitida.

Resulta necesario reflexionar en torno al totalitarismo, puesto que es una forma de manifestación dictatorial y, como tal, permite percibir cómo hay otros grandes instrumentos psicológicos que brindan a las dictaduras posibilidades de control y manipulación. Arendt (1951/2004) menciona que la propaganda política e ideológica sirve para dominar a los “simpatizantes” del gobierno y a lo que ella llama “el mundo exterior”, es decir, el mundo no totalitario (p. 428). Por tanto, resulta evidente que, en casos donde la violencia resulta superflua —sobre todo al considerar que no es provechoso aplicarla a sectores que se quieren aliados, como países extranjeros y colaboradores—, se despliega la ideología y el adoctrinamiento, con su característica ambigüedad, para pretender hacer del mundo un lugar mejor mediante una totalización, la búsqueda de la creación de una historia nueva, el intento de hacer de la población una única masa con un único pensamiento y voluntad, e incluso, muchas veces, como señala Fernando Mires (2015), mediante la proyección de la imagen de un único enemigo frente al cual “todo estaba permitido” (párr. 14).

1.3. Una variedad de estrategias

Recapitulando: aunque existen medios específicos de control en las diferentes dictaduras, la mayoría se manifiestan como derivaciones de los principales que se han expuesto: así, las leyes represivas promulgadas durante tiempos dictatoriales son otra forma de violencia, al igual que lo son las persecuciones políticas, la intolerancia a ciertos partidos políticos, el control absoluto del Estado, la modernización de las torturas en las cárceles, las desapariciones, el rechazo a las intervenciones extranjeras que pudiesen solventar ciertas situaciones, el resentimiento hacia particulares clases sociales, la negación a la diversidad de la sociedad y a expresiones de individualidad, la invasión a aspectos de la vida privada —esto último bastante común, principalmente, en gobiernos totalitarios— y, en fin, todo aquello que, de alguna manera u otra, en menor o mayor grado, reduzca, vulnere y atente contra la condición humana de los individuos.

Del mismo modo, las guerras psicológicas y los artilugios de manipulación, que violentan la libertad, privacidad e individualidad de los ciudadanos, pueden manifestarse a través de adoctrinamientos ideológicos, de bombardeos de información, de invasiones de propaganda política en los espacios cultura-

les, educativos y artísticos, de imposición de ideologías o de la alimentación de ideas retrógradas (como la del mesianismo) en la mente de los sectores concebidos como menos cultos y más manejables por el Estado. Todo esto es, pues, una estrategia consistente en jugar con la mente de sectores de la población sugiriendo en ellos la idea de una identificación con los proyectos dictatoriales del gobierno. El que una dictadura despliegue con mayor arte unos brazos que otros, esto es, que desarrolle más unas u otras estrategias dependerá del tipo de dictadura de que se trate, del espacio geográfico y la época en que germine y madure la misma, de la naturaleza sociocultural del país dominado y de los vínculos existentes entre la nación, el dictador y la comunidad internacional.

2. Las manifestaciones del sufrimiento y tortura carcelaria en *Puros hombres*

La violencia de Gómez va tecnificándose, la tortura se moderniza; no hay renovación en la Universidad, pero hay renovación en el arte de quebrantar la resistencia moral y la dignidad política de los opositores.

Orlando Araujo. *Narrativa venezolana contemporánea*.

Antonio Arráiz, escritor barquisimetano nacido en el año 1903, es conocido por su labor poética y narrativa, pero, más allá del ámbito literario, también por su participación en la “Semana del Estudiante” del año 1928, fecha en la que fue conducido a la cárcel por involucrarse en actos de rechazo y oposición a la dictadura de Juan Vicente Gómez. Después de esto, el autor sufriría en carne propia siete años de prisión y torturas que hoy pueden identificarse como parte de las bases históricas, biográficas y testimoniales de *Puros hombres*, su novela de 1938.

Este cruento relato del autor parte de un interés: el intento de representar la esencia de la cárcel venezolana de la época gomecista. Una de las decisiones narrativas de Arráiz para llevar a cabo esta empresa fue hacer un retrato de diversos personajes, cada uno visto por el autor como un individuo diferente, con su propia voz, con su propia historia y con su propio dolor. El personaje más sustancial de toda la obra y aquel sobre el que se quiere llamar la atención es, no obstante, el único cuya voz no se escucha nunca y cuyo nombre no es mencionado en ninguna ocasión; sin embargo, su presencia es sentida en cada página y en cada peripecia: Juan Vicente Gómez.

El hecho de que en la novela nunca se hable directamente del general Gómez puede resultar, en un primer momento, sumamente curioso; lo cierto es, sin embargo, que no hay manera más acertada de hablar de un dictador sino callando su nombre por miedo y describiendo, en cambio, sus obras tiránicas, es decir, describiendo eso que hace de su persona un tirano y de su gobierno una tiranía. Por ello, se presentarán y describirán a continuación los instrumentos, sistemas y herramientas mencionados en la novela y con los cuales, de acuerdo con lo evidenciado en una serie de documentos y textos de carácter documental e historiográfico, se torturaba y generaba sufrimiento a los presos durante los tiempos de Gómez.

2.1. El chácara: el brazo para la violencia física

Entre los terrores de tiempos de Juan Vicente Gómez que más se suelen mencionar con espanto se encuentran las torturas aplicadas en las cárceles. Considerando esto, la novela de Arráiz es, sin duda, un testimonio y un documento valioso de la violenta dictadura de Gómez. En la cárcel de *Puros hombres* —así como en las reales de la época— el sufrimiento es rutinario: la soledad, el desamparo y el hambre a los que son sometidos los presos son cotidianos; pero incluso dentro de esa monotonía dolorosa hay pequeños cambios, sucesos repentinos que, por increíble que parezca, son incluso peores. Ese dolor ante el encierro, que puede siempre acrecentarse por los instrumentos de tortura, está expresado en las páginas de la novela de Arráiz y deja clara constancia de la presencia latente y opresiva de Gómez. Un ejemplo en la novela de esas torturas que incrementan el sufrimiento del preso se halla en la figura de uno de los cabos de presos, Matías, un verdadero criminal que se comporta de acuerdo con el perfil del esbirro o del chácara, esa “creación” carcelaria de tiempos de Gómez encargada de descargar la violencia sobre los presidiarios. En efecto, según se registra en la entrada “Cárceles” del Diccionario de historia de Venezuela (2001), la figura del esbirro y su utilización como instrumento de tortura surge en el contexto de la etapa de la independencia, durante la etapa gomecista. Y, por su parte, en consonancia con lo que muestra en un registro literario y testimonial Arráiz, Alejandro Trujillo (1963) asevera que el esbirro, de acuerdo con la concepción gomecista, tenía por función actuar como una suerte de verdugo (p. 22).

En un episodio de la novela de Arráiz en el que el cabo Matías castiga a unos presos por una trifulca sucedida, se muestra cómo esa figura es extremadamente brutal y parece incluso realizar gustosamente su tarea:

Matías se siente poseído de un magnífico frenesí (...) Pero no queda muy satisfecho de este último golpe: no acostó lo suficiente la verga, y ella no cayó de plano, como deseaba, sino de punta, con lo que el vergazo disminuye en ardor y en extensión. (op.cit., pp. 72-73).

El chácara en los tiempos de la dictadura gomecista se convirtió en una extensión del brazo del tirano, en la personificación de sus intenciones de controlar mediante una violencia puramente física. Generalmente, se trataba de sujetos con sed de impartir castigo y con ciertas ínfulas de grandeza que solamente podían exhibir en espacios donde los demás eran aún más inferiores que ellos, es decir, casi infrahumanos: presos. La violencia, en este sentido, era casi inagotable, puesto que constituía un medio con el cual los verdugos, pequeños gobernantes en la oscuridad de los calabozos, conseguían fantasear con una grandeza largamente deseada dadas las circunstancias de desigualdad sufridas fuera de la cárcel.

2.2. Los grillos y su uso renovado

Otra imagen de la tortura que se evidencia en *Puros hombres* y que confirma la presencia flotante de Gómez en la novela son los grillos, instrumentos de hierro colocados en las extremidades inferiores de los presos. Según lo que permite suponer la

novela y algunos textos consultados, los grillos en los tobillos de esos hombres son más bien cotidianos: algunos presos los llevaban consigo desde hace mucho tiempo y arrastraban su peso hasta el patio cuando salían a tomar el sol, como hace el coronel Natividad en la novela.

Si bien es cierto que los grillos, como advierte Manuel Caballero (2010), eran usados en otros países para dificultar la fuga de los presos que trabajaban a campo abierto, es en Venezuela, durante la dictadura de Gómez, donde se empezaron a usar en presos que se encontraban encerrados en los calabozos (p. 74). Es decir, se usaban con el único objetivo de causar dolor en sujetos prácticamente sin posibilidades de huir. De esto se puede desprender que en la tiranía de Gómez, cuando no se crearon sistemas nuevos de tortura, se usaron de una manera novedosa los ya existentes con el fin de reducir la parte humana en cada preso mermando la esperanza e incrementando el dolor para eliminar cualquier atisbo de comodidad.

2.3. El aislamiento como método de tortura psicológica

Se puede suponer que los grillos y el maltrato de Matías (y de otros como Matías) no eran los únicos motivos de sufrimiento en las vidas de los personajes de la novela de Arráiz —y, por extensión, en las vidas de los presos de las cárceles venezolanas durante el Gomecismo—. Evidentemente, entre las torturas penitenciarias —y, por cierto, entre las más rutinarias— resalta la propia naturaleza de los presidios: la miseria que envuelve a los presos, el deterioro de los espacios, la insalubridad, la incomunicación con el mundo exterior, el aislamiento, y, por tanto, la humillación que se desprende de todas estas condiciones en las que “viven” (o, más bien, sobreviven) los hombres tras las rejas.

En opinión de Manuel Caballero, lo más pavoroso que puede sucederle a un hombre en la cárcel es no saber nada de los seres queridos, estar privado del contacto con los congéneres, sufrir solo (op. cit., p. 76). Sin embargo, esta incomunicación y este aislamiento del que son víctimas todos los presos —y que muchas veces estos buscaron evitar al idear medios para pasar y recibir información y mantenerse en contacto con el mundo— alcanzaron su punto cumbre en espacios como “el Olvido”, donde se encerraban o bien a los presos que habían ocasionado problemas, o bien a los más subversivos, para condenarlos al hambre y la sed por muchos años (Trujillo, 1963, p. 33).

Según lo que se rescata de *Puros hombres*, los presos condenados al calabozo “el Olvido” se encontraban encortinados, incluso apartados de los otros presos y en una oscuridad absoluta, sin acceso a la comida y la comunicación (aunque varias veces contaron con la ayuda de sus compañeros de presidio quienes, solidarios, les pasaban, desafiando las reglas, algunos trozos de comida). Al leer la novela salta a la vista que el perfeccionamiento de espacios de aislamiento como “el Olvido” responde más que a un intento de torturar con hambre y sed a los subversivos. Perder el contacto con todo salvo con la oscuridad era, especialmente, una forma de tortura psicológica destinada a enloquecer a los presidiarios castigados, a vulnerar a tal grado su conciencia y espíritu que empezaran a alejarse no solo de los demás, sino también de sí mismos. Si un hombre, en cualquier circunstancia vil y degradante, puede recorrer la vía de regreso a su humanidad

gracias al contacto con sus congéneres o a creaciones, objetos y circunstancias que le recuerden su comunidad y sus vínculos, el camino de regreso al sí mismo humano se hace doblemente difícil y, con ello, más improbable, si se le cortan sus puentes de comunicación con otras personas. De allí, pues, el terror que envuelve las menciones a “el Olvido” en la novela, así como la afirmación de Caballero acerca del aislamiento como método de tortura más temido en la época.

2.4. El deterioro y la insalubridad de los espacios

Al igual que el aislamiento padecido en las cárceles venezolanas de la época, el mal estado y la insalubridad de las mismas fueron, como se dijo antes, parte importante de los intentos de la tiranía de torturar al hombre y reducirlo a un estado infrahumano. Los presos, así, habían ido perdiendo su condición de hombres no solo por estar limitados de contacto humano, sino, además, por vivir en condiciones más óptimas para animales salvajes. Recuérdense las palabras del coronel Jaimes, personaje de *Puros hombres*: “Aquí no hay hombres. Aquí lo que hay es presos” (p. 81); o bien el grito de Víctor Rengifo: “Así no se mata a un hombre, de mengua. Tráiganme medicinas y un médico. Así no se mata a un hombre, como a un perro” (ibid., p. 148) (las cursivas son mías).

La suciedad e inmundicia de las cárceles cobró las vidas de una cantidad alarmante de presos; no fortuitamente el personaje Gonzalo Ibarra tiene la idea en la novela de organizar el aseo del pollino (recipiente donde los presos satisfacían sus necesidades y que representaba un foco de infección) y de limpiar el espacio donde se encuentra con el objeto de que los demás calabozos sigan su iniciativa y trabajen por una mejora en las condiciones de la cárcel. Las frecuentes muertes, ya sea debidas a enfermedades infecciosas y respiratorias contraídas en las cárceles, a la mala alimentación o a la falta de atención médica dejan constancia también del olvido al que estaban condenados los presos en las cárceles durante el Gomecismo. Solo limitándonos a referentes literarios tenemos, en la novela de Arráiz, a Víctor Rengifo y su disentería, a Gerónimo Salcedo, con sus vómitos de sangre, o a Ulpiano Cáceres, con su tuberculosis: enfermos, olvidados y desatendidos, acababan sus vidas con dolor y en condiciones deplorables.

2.5. Los trabajos forzados

A pesar de que en la novela de Arráiz no aparezcan representadas todas las formas de tortura que se usaron bajo el mandato de Gómez, uno de los aspectos más conocidos de su tiranía sí tiene una representación destacada: se trata del trabajo de los presos en las carreteras. Aunque podría parecer que el hacer trabajar a los presidiarios no es algo cruel, sino que podría ser, incluso, beneficioso para la nación y para ellos mismos, lo cierto es que bajo el mando de Gómez los presos —que, según se acaba de ver, no contaban con buena salud y no tenían las condiciones físicas adecuadas— eran obligados a realizar trabajos muy penosos, durante un tiempo muy largo y sin la alimentación e hidratación necesarias para realizar tales actividades. Bajo condiciones tan infrahumanas como estas, y siendo objeto de la violencia continua del esbirro, morirán, a los veinte días de su salida de la cárcel, todos los presos que fueron enviados a la carretera en el capítulo

Morirá el otro [Marquitos] boca abajo (...) con un grillete en el tobillo, de un golpe de pala que le asesta el negro Amargura 'porque no quiere trabajar' (...) A las ocho, media latica vacía de leche condensada con guayoyo, y una arepa. A las cuatro de la tarde, media latica de leche con frijoles, y una arepa (...) A los seis días, se murieron dos. A los siete, cuatro. A los nueve, siete. A los diez, trece. A los veinte, no quedaba ninguno.

(125-126).

2.6. Otros instrumentos de tortura

Por otro lado, el Diccionario de historia de Venezuela (2001) deja constancia de otros instrumentos y sistemas como el tortol, el vidrio molido, el acial, los cuales, durante el Gomecismo, se emplearon muchas veces en presos políticos (p. 685). Sin embargo, la novela de Arráiz, por su extensión y su objetivo de ser solo un reflejo y no un documento histórico exhaustivo, no da cuenta exacta de muchos ellos, sino que se limita a sugerirlos: "Usted sabe lo que son estas cosas, bachiller. Usted sabe los recursos que tiene el gobierno para... para hacer cantar a la gente", dirá a Gonzalo Ibarra el coronel Casanova, quien se encarga, en el relato, de su interrogatorio (p. 195).

Conclusión

Como se ha podido comprobar, la renovación de los sistemas de tortura, el empleo corriente de tan extrema y despiadada crueldad y el sufrimiento provocado por torturas tan inhumanas como las referidas dan una idea muy clara de la variedad de manifestaciones de los mecanismos de control que la dictadura de Gómez empleó para reducir la oposición, silenciar a los detractores, reducir lo humano de los ciudadanos presidiarios y prolongarse en un poder ilegal. Es evidente que el ritmo narrativo y los recursos literarios del autor solo incrementan el enterneamiento de una realidad que incluso sin intervención literaria resultaría impactante. En otras palabras, Arráiz no solo ha ofrecido un testimonio basado en sus vivencias y experiencias y en las de quienes se cruzaron en su camino durante aquella época oscura de su presidio, sino que, además, comunicó esa realidad mediante recursos y estructuras narrativas propicios para vehicular, de un modo certero, transparente, realista pero también conmovedor, un horror que jamás debió ser naturalizado y ante el cual ningún ser humano debería quedar nunca indiferente.

Notas

1. Con "dictador" en el sentido moderno del término hago referencia a un dictador ilegítimo y cuyo poder no está limitado temporalmente, como sí sucedía en Roma con las dictaduras clásicas que eran convocadas para solventar estados de necesidad (Cf. Alfieri, 2006).

2. Alejandro Trujillo (1963) comenta que muchos textos y noticias conseguían superar las barreras y se transportaban en huesos de gallina, ropas... (p. 24).

Referencias

- ALFIERI, Victor. (2006). De la tiranía. Caracas: Fundación Manuel García-Pelayo. (Trabajo original publicado en 1800).
- ARAUJO, Orlando. (1988). Narrativa venezolana contemporánea. Caracas: Monte Ávila Editores.
- ARENDT, Hannah. (2004). Los orígenes del totalitarismo (Solana, G., Trad.) (4ª. ed.). México: Taurus. (Libro original publicado en 1951).
- ARENDT, Hannah. (2005). Ensayos de comprensión 1930- 1954 (Serrano de Haro, A., Trad.). Barcelona: Caparrós Editores.
- ARRÁIZ, Antonio. (1990). Puros hombres. Caracas: Monte Ávila Editores.
- CABALLERO, Manuel. (2010). Historia de los venezolanos en el siglo XX. Caracas: Editorial Alfa.
- FUNDACIÓN EMPRESAS POLAR. (2001). "Cárceles", en Diccionario de Historia de Venezuela, Caracas, Fundación Empresas Polar, pp. 683-686.
- GUERRERO, Carolina. (2002). "Mesianismo en la idea de dictadura en América Hispánica". Revista Politeia, 28 (2002), pp. 141-158, en http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_pol/issue/view/470 (recuperado el 20 de noviembre de 2019).
- MIRES, Fernando. (2015). "El escándalo del totalitarismo", en Informe21, <http://informe21.com/blog/fernando-mires/el-escandalo-del-totalitarismo> (recuperado el 20 de noviembre de 2019).
- TRUJILLO, Alejandro. (1963). La respuesta del destino (La Rotunda por dentro). Táchira: Biblioteca de autores y temas tachirenses.